

CAPITULO X

LOS HECHOS DE SETIEMBRE

LOS HECHOS DE SETIEMBRE

El 16 de setiembre de 1955 no fue más que la formalización del levantamiento final contra el gobierno peronista. Unos meses antes, el mediodía del 16 de junio, centenares de civiles fueron masacrados por las bombas arrojadas sobre la Plaza de Mayo por un avión naval. Las crónicas dicen que "dos trolebuses repletos de pasajeros y un ómnibus de escolares saltaron por los aires; instantáneamente comenzó a sentirse el olor a carne quemada mientras los gemidos de quienes quedaron heridos lo cubrían todo".

El avión naval se alejó hacia el este después de arrojar su carga de muerte. No pudo cumplir su objetivo: asesinar a Perón en la casa de Gobierno. Además, Perón a esa hora estaba en el Ministerio de Ejército, alertado del complot. La aviación naval tenía la misión de iniciar las operaciones bombardeando la Casa de Gobierno, que después debería ser tomada por la Infantería de Marina, que, al mando de Toranzo Calderón, se hallaba acantonada en Martín García. Los historiadores cuentan que las condiciones climáticas favorecieron al gobierno, porque demoraron primero el bombardeo —estaba previsto un desfile aéreo, que aprovecharía la Marina para ocultar su verdadero objetivo— y luego el avance de los infantes de marina.

El odio llevó a que murieran masacradas centenares de personas inocentes y que más de un millar quedaran heridas. Poco después del bombardeo, miles de trabajadores comenzaron a llegar a Plaza de Mayo. Desde el Ministerio de Marina, el contraalmirante Gargiulo —quien se suicidaría poco más tarde— ordenó tirar contra los que pretendían avanzar hacia el edificio. Las muertes continuaron sumándose. Repetir esos dantescos episodios obligaría a utilizar numerosas páginas, para describir el horror y la indignación que significaron esas horas en la historia del país.

Quienes heroica o ingenuamente trataron de marchar sobre el edificio naval fueron trabajadores. Sus labios repetían dos palabras: "Viva Perón", y los insultos más irreproducibles. El pueblo se mostraba fiel a su líder.

Poco después de las cinco de la tarde volvió a pasar la aviación naval. Más bombas sobre la muchedumbre indefensa, armada tan sólo con su indignación. El último avión naval, en el que viajaba el conocido dirigente radical Miguel Ángel Zavala Ortiz, descendió con toda tranquilidad y ametralló la Avenida de Mayo, enfilando después hacia Montevideo.

Los ocupantes del Ministerio de Marina se entregaron al Ejército, que no necesitó recurrir a medidas extremas para protegerlos del pueblo. Este no tenía fuerzas ni para insultar. Entre quienes se entregaron detenidos estaba un ex ministro de Marina de Perón —Olivieri— y el jefe de la infantería, Toranzo Calderón. Ninguno de los dos se mostró partidario de seguir el ejemplo de Gargiulo.

La rendición de la Marina significó que el pueblo, cargado de indignación, ganara la calle. Todo estaba ya fracturado. No había esperanzas ni siquiera de diálogo entre el gobierno y los partidos políticos. La Iglesia se había sumado decididamente a los opositores del gobierno.

Concluido el intento de la Marina, Di Pietro, secretario general de la CGT, habló al país. Sus palabras estuvieron dirigidas a elogiar la acción del Ejército, y a declarar "un paro general de 24 horas para el día 17".

Los diputados y senadores peronistas atacaron con duros términos a los sublevados. La gran mayoría creyó que ya había terminado todo, con el rotundo y definitivo triunfo del gobierno.

El paro demostró una vez más la abrumadora identificación de los trabajadores con el gobierno. Sin embargo, el peligro no había pasado. La conspiración tomó nuevos rumbos. La estrategia de la oposición era muy simple. Golpear en todos los frentes posibles para debilitar al gobierno. El 16 de junio, de "hecho definitivo" pasó a ser simplemente un frente. Las ansias de un nuevo levantamiento comenzaron a urdirse sobre los cadáveres inocentes de la Plaza de Mayo.

Bastaba leer al editorial de "La Nación" del 17 de junio, donde, si bien se criticaba el ataque, de manera sumamente inteligente y abierta se terminaba demostrando su licitud: "El ánimo se sobrecoge apenas intenta comentar los tristes episodios de que ayer fue teatro la capital de la República. Un sector de las FF.AA., duramente calificado por el presidente, juzgó que era lícito resolver por la violencia su distinta apreciación acerca de los métodos con que es dable conducir la gobernación del Estado. Tal género de divergencias es siempre normal en la evolución de las democracias. Nadie negará además que resulta lógica y aún necesaria, porque del diálogo que siempre hemos propugnado ha de surgir la línea de conducta que responda a las aspiraciones y los dictados de la mayoría". Ninguna condena por los asesinatos.

El movimiento popular y principalmente los trabajadores han pecado siempre de ser reacios a leer a la oposición. Muy pocos leyeron ese editorial de "La Nación" y menos aún, fueron los que le dieron importancia. Allí quedaba claramente marcada la firme decisión de seguir adelante con la conspiración. Y "La Nación" no era vocero de "cuatro tipos". Representaba —y representa— intereses. ¡Y qué intereses! Si se animaba a publicar a pocas horas de la masacre un editorial de ese tenor, era fácil deducir que esos intereses estaban dispuestos a continuar adelante. El objetivo del editorial tenía como punto central que nadie se desanimara por el fracaso. Había que seguir adelante, inmediatamente.

Desde todos los sectores del gobierno se elogió la figura del general Lucero. Apareció como una suerte de héroe. Ello decidió al ministro de Guerra a entregarle a Perón, la misma tarde del episodio el *Decálogo del Soldado*, una especie de compendio de máximas para el ejercicio de la profesión. Junto a Lucero se encontraban en esos momentos algunos personajes que, pocos meses después, tendrían una participación decisiva en la caída del régimen: Pedro E. Aramburu, Julio Lagos, Dalmiro Videla Balaguer, Juan Uranga, León Bengoa. Seguramente, Lucero no conocía qué cosas pensaban esos generales que lo acompañaban en su momento de mayor gloria militar. Nadie tampoco puede asegurar cuántos de estos generales *ya eran golpistas*.

A mediados de julio, Lucero citó a los generales Aramburu, Imaz, Maglio y al coronel Señorans, porque se los indicaba como opositores al gobierno. Según Lucero, Aramburu contestó que "cómo podía pensar el ministro, a quien tanto le debía, que él fuese capaz de tal felonía". Siempre según el autor, "Imaz pidió llorando el retiro". Al margen de este testimonio de Lucero, Bonifacio del Carril sostiene que para la conspiración del 16 de junio estaban comprometidos, entre otros, Señorans, Lagos y Bengoa. Lagos había pedido el retiro para esa fecha. Bengoa fue sometido a proceso después del 16 de junio.

A la luz de los acontecimientos de hoy, no es fácil explicar los por qué de la ruptura y del ataque iniciado abiertamente por la Iglesia contra el peronismo un año antes de su caída. Por el contrario, el régimen peronista siempre había cuidado sus vinculaciones con la Iglesia, a la que dio un trato preferencial.

En los debates parlamentarios sobre la separación de la Iglesia y el Estado, el radicalismo, obligado a mantener su actitud opositora, pero por principios partidario de la separación, debió hacer verdaderos malabarismos para ubicarse. Así fue como Rabanal sostuvo: "el radicalismo se opone a la reforma porque el cristianismo no era compatible con los principios totalitarios del régimen" (?). Perette también se las vio en figurillas: "Nuestro bloque se opone, porque no hay garantías en el país de discutir libremente el problema". También los legisladores peronistas tuvieron que recurrir a argumentos rebuscados para justificar la separación que se concretó el 20 de mayo. Todo estaba "patas arriba". El peronismo, que había apoyado con todo la relación Estado-Iglesia, se oponía; el radicalismo, que nunca participara de esa vinculación, no sabía cómo hacer para oponerse.

Para colmo, en ese mismo mes de mayo, desde "Clarín" se inició un duro ataque al gobierno, porque Perón continuaba negándose a incorporar el país al Fondo Monetario Internacional. Se creaba así otro nuevo frente.

El padre Julio Menvielle, a quien se lo sindicara de estar implicado en el frustrado golpe del 51, enrolado en las filas del nacionalismo elitista y acérrimo enemigo del peronismo, en su libro "Política Argentina 1949-1956", al analizar las relaciones entre el peronismo y la Iglesia, formula algunas interesantes reflexiones que, indudablemente, compartía un buen sector de la Iglesia: "Recién con la persecución religiosa entra en la lucha política argentina una nueva fuerza que es la clase medie católica... el peronismo estaba inmerso en las preocupaciones obreristas. Y el obrerismo todo lo mide en función de sus problemas de trabajo o de la seguridad del hogar al que destina el fruto de su trabajo... ya nadie ni nada podía disuadirla de que entre la verdad católica y el peronismo no era posible ninguna conciliación".

La Iglesia, a mediados del 55, impulsó la creación de la democracia cristiana. La politización de la Iglesia había alcanzado un punto culminante. Tanto los púlpitos como los colegios religiosos fueron magníficas tribunas para atacar al gobierno. Las reuniones realizadas en las iglesias preparando las condiciones para la caída de Perón fueron casi públicas.

Ante la virulenta campaña de la Iglesia, Perón resolvió organizar un acto en el Luna Park. Allí definió su posición frente a la Iglesia: "Se ha dicho que Perón en cierto momento de su vida decidió atacar a la Iglesia para destruirla o, mejor, para eliminarla de su país como había esperado hacerlo Hitler en Alemania. Se argumentó que Perón era lo suficientemente ignorante para no saber que todo aquel que había intentado oponerse al Vaticano había sido destruido y reducido a polvo. Hay un gran equívoco. Jamás soñé en combatir la religión y la Iglesia. Como hombre político estuve en conflicto con algunos sacerdotes que eran políticos como yo. No es una novedad que existen sacerdotes dedicados más a la política que a su ministerio. Con ellos fue que tuve que enfrentarme y con ellos nació el conflicto, por razones que nada tienen que ver con la fe. El peronismo es cristiano... entre otras cosas fuimos nosotros quienes reimplantamos la enseñanza religiosa en las escuelas (se refería al decreto 18.411 de diciembre de 1943) y les adjudicamos a los sacerdotes la dignidad correspondiente a tu gran ministerio.

Esta abierta y manifiesta oposición de la Iglesia fue la gota que terminó de desbordar un vaso ya rebalsado, pues generó dudas en importantes sectores del Ejército de tendencia peronista, y mucho más aún en los militares que podrían denominarse profesionalistas, que además eran católicos.

Ya nada quedaba de aquellos tiempos de franco idilio entre el gobierno y la Iglesia. Virgilio Filippo, un sacerdote de destacada actuación durante el peronismo, cuando fue repuesta la enseñanza religiosa en las escuelas —había sido eliminada en 1884—, sostuvo: "No sé cuánto durará la enseñanza, lo que sé es que quien la desplace cometerá un crimen de lesa civilización e irá contra los derechos más sagrados de la familia argentina". Eran los tiempos en que la presencia de Perón le aseguraba a la Iglesia una vigencia y una participación que había perdido muchos años atrás. Cuando llegó la hora de transformar en ley el decreto del 43, sólo votaron a favor los diputados peronistas (87), oponiéndose los radicales (40).

La presencia de un predicador protestante llamado Hicks, quien reunió verdaderas multitudes en el estadio de Atlanta, con la promesa de que quienes concurren y creyeran, podrían curar sus enfermedades, generó un nuevo conflicto entre la jerarquía eclesiástica y el gobierno que había autorizado sin restricciones este tipo de reuniones, quizás como síntoma del enfriamiento de las relaciones entre ambos. La presencia en nuestro país de algunos dirigentes de la recién creada CLASC (Confederación Latinoamericana de Sindicatos Cristianos) no fue bien vista por el gobierno. Y no le faltaba razón, porque la central internacional de este sector mantenía hacia el sindicalismo peronista y el peronismo, una abierta hostilidad. Lo cierto es que fueron precipitándose las diferencias entre la jerarquía eclesiástica y el gobierno hasta derivar en un enfrentamiento en el cual, dadas las circunstancias, sólo uno tenía cosas que perder: el gobierno. El periódico "Paciencia", de orientación católica, atacó ácidamente al gobierno.

A su vez el gobierno, desde la prensa que le era adicta y desde el periodismo sindical, atacó a los "curas con problemas". La celebración de Corpus Christi, en 1955, que congregó a un gran número de personas, tuvo más carácter de acto opositor que de acto de fe. Una parte de la manifestación marchó hacia el Congreso y apareció una bandera argentina quemada. Las acusaciones fueron mutuas. El bombardeo de la Marina el 16 de junio culminó con otro lamentable episodio: fue incendiada la Curia y atacadas otras iglesias. El gobierno resolvió expulsar a los obispos Tato y Novoa.

Así, la Iglesia se sumó a la lucha contra el peronismo. Quienes terminaron alzándose contra el gobierno usaron como símbolo la V de la victoria, popularizada por Churchill, con la Cruz Católica (Cristo Vence).

Poco después de su caída, en un reportaje concedido a un diario cubano, Perón sostuvo: *"El diferendo con la Iglesia y los incendios de templos con ser hechos deplorables, me han preocupado menos que el quebrantamiento de la fe cristiana de los trabajadores. He repetido mil veces que soy católico. El clero de la Argentina sabe muy bien a estas horas que fue la oligarquía atea y liberal, la principal responsable de los incendios de los templos. El ataque que ahora le llevan los encaramados, hierde el alma de la Iglesia. Siembra materialismo. Ateíza y corrompe conciencias. Y esto sí que es grave para la Iglesia"*. Con el tiempo, un importante sector de la iglesia vería en Perón una "alternativa positiva y necesaria".

El 16 de junio había sido innegablemente el principio del fin para el gobierno. Perón tuvo conciencia de la gravedad de la situación, e hizo el ofrecimiento de su renuncia el 31 de agosto. El enemigo había crecido en todos los frentes. Después de la caída del peronismo no fueron pocos los "teorizadores" que pusieron el grito en el cielo porque Perón no armó a los trabajadores. Y elaboraron la "gran teoría" sobre el tema. Si así hubiera ocurrido, ¿habría tenido éxito? ¿Los trabajadores podrían por sí solos haber cambiado las cosas a tiros? Es evidente que no. El aporte de los trabajadores a la concreción de un cambio, transformación o revolución, como quiera llamárselo, no estuvo dado en que estuvieran armados. El ejército había cumplido esa función. Es parte fundamental para el cambio, pero no será a través de los fusiles que logren imponerlo. Menos aún como estaban planteadas las cosas en 1955. El peronismo estaba aislado, enfrentado a todos los sectores. A la hora de la verdad quedó demostrado que el enemigo era muy poderoso o el peronismo muy débil. ¿Por qué sucedió así? ¿Por qué no se desarrolló una mayor cohesión entre el llamado "ejército nacional" y los trabajadores? ¿Por qué las Fuerzas Armadas, que al iniciarse el proceso habían adherido y aceptado el modelo, modificaron su actitud? ¿La modificaron simplemente por lo que consideraron deformaciones del gobierno o por las influencias que se ejercieron sobre ellas? El 31 de agosto, Perón, enfervorizado por la respuesta de los trabajadores, repitió una frase que Tamborini había utilizado en la campaña electoral del 46: "Cinco a uno". ¿Podía cumplirse? ¿Valía la pena? Et régimen estaba debilitado y acosado. Era evidente.

El día antes al polémico y explosivo discurso, el 30 de agosto. Perón ofreció su retiro al partido y a la CGT. La CGT convocó para el día siguiente a la Plaza de Mayo. Para los trabajadores, el retiro de Perón significaba la reimplantación de la oligarquía en el poder.

No existía el relevo para su líder. En las plazas de las principales ciudades del país, los trabajadores se agolparon para seguir de cerca los acontecimientos. Hubo varios oradores, entre ellos el secretario general de la CGT, Hugo Di Pietro, quien concluyó su discurso diciendo: "el pueblo quiere trabajar en paz para elaborar la grandeza de la Nación".

Por fin, hizo su aparición Perón. Lo recibió una formidable ovación que duró varios minutos. Con seguridad que en Perón había una procesión interna. Estas fueron sus palabras: *"He querido llegar hasta este balcón, ya para nosotros tan memorable, para dirigirles la palabra en un momento de la vida pública y de mi vida tan trascendental y tan importante, porque quiero de viva voz llegar al corazón de cada uno de los argentinos que me escuchan. Nosotros representamos un movimiento nacional cuyos objetivos son bien claros y cuyas acciones son bien determinadas y nadie, honestamente, podrá afirmar con fundamento que tenemos intenciones o designios inconfesables. Hace poco tiempo en esta Plaza de Mayo he sido testigo de una infamia más de los enemigos del pueblo. Doscientos inocentes han pagado con su vida la satisfacción de esa infamia. Todavía nuestra inmensa paciencia y nuestra extraordinaria tolerancia, hicieron que no solamente silenciáramos tan tremenda afrenta al pueblo y a la nacionalidad, sino que nos mordiéramos y tomáramos una actitud pacífica y tranquila frente a esa infamia. Esos doscientos cadáveres destrozados fueron un holocausto más que el pueblo ofreció a la Patria. Pero esperábamos ser comprendidos, aun por los traidores, ofreciendo nuestro perdón a esa traición. Pero se ha visto que hay gente que aún ni reconoce los gestos y la grandeza de los demás. Después de producidos estos hechos, hemos ofrecido a los propios victimarios nuestra mano y nuestra paz. Hemos ofrecido una posibilidad de que esos hombres criminales y todos se reconcilien con su propia conciencia. ¿Cuál ha sido su respuesta? Hemos vivido dos meses en una tregua que ellos han roto con actos violentos, aunque esporádicos e inoperantes. Pero ello demuestra su voluntad criminal. Han contestado los dirigentes políticos con discursos tan superficiales como insolentes. Los instigadores con su hipocresía de siempre, sus rumores y sus panfletos. Y los ejecutores, tiroteando a los pobres vigilantes en las calles. La contestación es bien clara, no quieren la pacificación. De esto surge una conclusión bien clara. Quedan dos caminos, para el gobierno una represión ajustada a los procedimientos subversivos, y para el pueblo una acción y una lucha que condigan con la violencia a que quieren llevarlo. Por eso yo contesto a esta presencia popular con las mismas palabras del 45: a la violencia le hemos de contestar con una violencia mayor. Con nuestra tolerancia exagerada nos hemos ganado el derecho de reprimirlos violentamente. Y desde ya establecemos como una conducta permanente para nuestro movimiento: aquel que en cualquier lugar intente alterar el orden en contra de las autoridades constituidas o en contra de la ley o de la Constitución, puede ser muerto por cualquier argentino. Esta conducta que ha de seguir todo peronista no solamente va dirigida contra los que ejecutan, sino también contra los que conspiran o incitan. Hemos de restablecer la tranquilidad entre el gobierno, sus instituciones y el pueblo, por la acción del gobierno, de las instituciones y del pueblo mismo"*.

Las constantes interrupciones y aclamaciones del pueblo pusieron a Perón en un estado de ánimo particularísimo. Desde junio que no tenía un momento de respiro. Ese pueblo que, más que aclamarlo, lo hacía sentirse amado, lo llevó a decir esa frase tan singular y tan singular y tan criticada: "La consigna para todo peronista, esté aislado o dentro de una organización, es contestar a una acción violenta con otra más violenta. Y cuando uno de los nuestros caiga, caerán cinco de ellos.

Ello generó de inmediato una nueva reacción de los grupos golpistas, que aprovecharon para ampliar la brecha —si aún era posible— entre el gobierno y el resto de los sectores. Para el régimen peronista no quedó a partir de aquí, la menor alternativa: vencer o morir. Y era evidente que el enemigo estaba en mejor situación. Pretender que los trabajadores hubieran intentado concretar el famoso "5 x 1" no sólo era utópico, sino suicida. Los tanques, los barcos, los aviones se encontraban en manos de las Fuerzas Armadas y éstas, aún los sectores de orientación peronista, no estaban dispuestos a transferir sus armas. El resto del discurso giró en torno de las críticas ya anticipadas en la primera parte y en las ofertas de paz que había hecho el gobierno.

"Hemos dado suficientes pruebas de nuestra prudencia —continuó Perón—.

Daremos ahora suficientes pruebas de nuestra energía. Que cada uno sepa que donde esté un peronista estará una trinchera que defienda los derechos de un pueblo. Y que sepan también, que hemos de defender los derechos y las conquistas del pueblo argentino aunque tengamos que terminar con todos ellos. Quiero terminar recordando a todos ustedes y a todo el pueblo argentino que el dilema es bien claro, o luchamos y vencemos para consolidar las conquistas alcanzadas, o la oligarquía las va a destrozar al final. Ellos buscarán diversos pretextos. Habrá razones de libertad, de justicia, de religión o de cualquier otra cosa, que ellos pondrán por escudo para alcanzar los objetivos que persiguen. Pero una sola cosa es lo que ellos buscan, retrotraer la situación a 1943. Para que ello no suceda estamos todos nosotros para oponer a la infamia, a la insidia y a la traición de sus voluntades nuestros pechos y nuestras voluntades. Hemos ofrecido la paz. No la han querido. Ahora hemos de ofrecerles la lucha y ellos saben que cuando nosotros nos decidimos a luchar, luchamos hasta el fin. Que cada uno recuerde que ahora la palabra es la lucha y la lucha se la vamos a hacer en todas partes y en todo lugar. Y también sepan que esta lucha que iniciamos no ha de terminar hasta que no los hayamos aniquilado y aplastado. Hoy he de retirar la nota que he pasado pero he de poner una condición, que así como antes no me cansé de reclamar prudencia, ahora digo que cada uno se prepare de la mejor manera para luchar. Tenemos para esa lucha el arma más poderosa, que es la razón, y tenemos también, para consolidar esa arma poderosa, la ley en nuestras manos".

"Para terminar quiero recordar a cada uno de ustedes que hoy comienza para todos nosotros una nueva vigilia en armas. Cada uno de nosotros debe considerar que la causa del pueblo está sobre nuestros hombros y ofrecer todos los días, en todos los actos, la decisión necesaria para salvar esa causa del pueblo".

Poco antes, el gobierno en un intento de pacificación, o al menos de diálogo, había ofrecido a los partidos políticos la posibilidad de dialogar, autorizando incluso que los jefes de los distintos partidos se dirigieran al país.

Era evidente que el intento no podía tener resultado alguno. La oposición estaba definitivamente comprometida en provocar la caída del régimen. Las urnas, esas urnas que solían invocar, habían demostrado la inviabilidad de ese camino para derrocar al peronismo. Mientras cada argentino pudiera expresarse libremente, y cada voto tuviera el valor de uno, no había forma de derrocar al peronismo. El voto calificado que pretendían los iluminados ya no era posible.

Las elecciones generales de 1951 habían dicho hasta dónde el peronismo tenía aceptación en el pueblo. En aquella oportunidad la fórmula encabezada por Perón obtuvo 4.755.000 votos; en tanto el radicalismo, con Balbín-Frondizi, logró 2.406.000 votos. El conservadurismo, que sostuvo la candidatura de R. Pastor, apenas alcanzó los 174.000 votos (unas 28 veces menos que los votos del oficialismo). Seguramente el recuerdo de estas elecciones inspiró al candidato conservador las tremebundas y ofensivas declaraciones sobre el peronismo, formuladas en el exterior y reproducidas más tarde en un libro "La otra faz de la dictadura": "Nos importa la desaparición física de la varona languaraz (por Evita) y del consorte aprovechado. El problema argentino consiste en la terminación por acto revolucionario de este gobierno que nos oprime y nos avergüenza en el mundo. Todos deben propagar la consigna: no hay más salida que la revolución".

A comunistas y socialistas no les fue mejor en las elecciones. El Partido Comunista, con su candidato Rodolfo Ghioldi apenas si recolectó 71.000 votos, terminando con el mito del apoyo popular. El socialismo, con el otro Ghioldi (Américo), obtuvo menos votos, 54.000. Estas aplastantes derrotas se repitieron en 1954 cuando por muerte del vicepresidente Quijano debió elegirse un reemplazante. Teisaire, candidato peronista, arrasó.

El país, y muy especialmente un amplio sector de las Fuerzas Armadas, esperaba con interés la posición que iba a adoptar públicamente el radicalismo. Frondizi no defraudó en modo alguno a quienes se salían de la vaina por actuar.

El 27 de julio de 1955, a las 21.30 horas, desde los estudios de Radio Belgrano, Arturo Frondizi, el

Las elecciones generales de 1951 habían dicho hasta dónde el peronismo tenía aceptación en el pueblo. En aquella oportunidad la fórmula encabezada por Perón obtuvo 4.755.000 votos; en tanto el radicalismo, con Balbín-Frondizi, logró 2.406.000 votos.

hombre que unos meses después se desesperaría enviando emisarios a Perón para lograr su apoyo en las elecciones, el hombre que no dudaría un momento en dividir el partido que él presidía, el hombre que siendo presidente de los argentinos no tendría reparos en decir muy suelto de cuerpo que todo lo que había sostenido sobre petróleo durante más de treinta años no era verdad, ese mismo hombre no vaciló en atacar duramente al gobierno. En esa oportunidad acompañaron al titular de la Unión Cívica Radical y futuro presidente de la Nación por obra y gracia de los votos peronistas, Balbín, Alende, López Serrot, Noblía y Gelsi, entre otros correligionarios.

Antes de iniciar su disertación, Frondizi habló con el periodismo y agradeció "a los radicales y ciudadanos de todo el país que con su permanente lucha por la libertad hicieron posible este acto".

Frondizi no se limitó a exigir condiciones aceptables para la función política; dedicó especial "atención a explicar el programa de su partido. Comenzó su discurso manifestando que la Unión Cívica Radical no aceptaba otras bases de pacificación que "las finalidades por las cuales viene combatiendo desde el instante de su avenimiento a la vida nacional" y estableció cuatro condiciones:

- 1º "Retorno a la Constitución (¿la del 53?)";
- 2º "No pretendemos entrar en polémica personal con Perón, sino con el sistema";
- 3º "El gobierno debe cumplir sus promesas;
- 4º "La UCR se guíara por hechos y no por promesas. Las FF.AA, creadas, sostenidas e integradas por el pueblo argentino para la defensa de la soberanía y de la Constitución, no deben intervenir en política, pero tampoco deben amparar a los regímenes que supriman las libertades o atenten contra la soberanía del país... el viejo molde de la conciliación otrora practicada por núcleos regresivos de la Argentina, que supone coparticipación en el gobierno y recíproco encubrimiento, está proscrito para la UCR". Poco después, miembros de su partido integrarían la Junta Consultiva.

Bonifacio del Carril, en su libro "*Crónica interna de la Revolución Libertadora*" escribe "escuché en mi casa de San Isidro el discurso de Frondizi acompañado por los generales Bengoa y Lagos. Ese día comenzaron a obtenerse los frutos de todo el esfuerzo de 1954".

La oposición ya no tenía freno. Era la oposición por la oposición misma. Cuando Frondizi pasó a ocupar el sillón de Rivadavia, demostró una muy frágil memoria. Repentinamente olvidó que el sector que él lideraba había impuesto el ya histórico programa radical de Avellaneda, aprobado en abril de 1945. Conviene recordarlo, ya que Frondizi lo olvidó:

- 1º Federalismo y provincialización de los territorios.
- 2º Sufragio femenino.
- 3º Reforma educacional, igualdad de oportunidades.
- 4º Democracia económica. Una economía controlada por el Estado para el beneficio de todos.
- 5º Nacionalización de los servicios públicos, transportes, combustibles y de todos los monopolios extranjeros.
- 6º Libertad de sindicatos.
- 7º Reforma agraria.

- 8º Reforma social, protección a la salud y seguridad social.
- 9º Reforma financiera. Restricción de gastos burocráticos.
- 10º Cooperación económica con América Latina y el resto del mundo.
- 11º Una vuelta a la política internacional de Yrigoyen.

A esta altura del partido resultaba torpe e ingenuo que los políticos estuvieran dispuestos a pactar. Frondizi con tu innegable tono golpista, fue la piedra final si alguien en el peronismo alentaba alguna esperanza, debió dejarla de lado porque este discurso cerraba todas las puertas.

No eran horas de palabras. Las palabras sólo servían para preparar la acción. El peronismo intentó replicar con una batalla ideológica al tiempo que actuaba con mayor dureza frente a los continuos atentados.

En la última semana de agosto fueron detenidas centenares de personas, acusadas de conspirar. Apellidos ilustres integraban las listas. El 30 de agosto, "La Nación" publicó "que cuatro días antes el gobierno logró incautarse de las armas y explosivos y detuvo a Emilio Allende Posse, Eduardo Ocantos y María A. Wernicke en un departamento del barrio norte (Ayacucho 2062). También fueron detenidos Julio Morón y Emilio de Vedia y Mitre".

El 9 de agosto le tocó el turno al Partido Conservador. Vicente Solano Lima llegó a Radio Belgrano acompañado por una selectísima guardia: Nicolás Avellaneda, Eduardo Rojas, Antonio Santamaría, Felipe Yofré, Carlos Alberto Pueyrredón, Adolfo Mujica, Sánchez Elía, Aberg Cobo, Alzaga, Emilio Hardoy y Rodolfo Baltiérrez, entre otros. Solano Lima hizo una encendida defensa de las Fuerzas Armadas y rechazó categóricamente que éstas "fueron guardias pretorianas durante los gobiernos conservadores", y concluyó diciendo "son indispensables los sacrificios personales, la abnegación de los que tienen sobre sus hombros la responsabilidad de aquellos errores y extravíos. Ese espíritu de sacrificio y abnegación nunca estuvo ausente de las horas de nuestra historia". Esto y pedir la renuncia de Perón era exactamente lo mismo. También Solano Lima abandonaría poco después su partido e iniciaría el peregrinaje a Madrid. Allí lograría que Perón lo postulara dos veces: en 1963 —Solano Lima, Silvestre Bagnis, vetada por el entonces ministro del Interior Osiris Villegas— y en 1973 con la fórmula Cámpora - Solano Lima.

Gómez Morales, al frente del equipo económico, habló por radio. Se refirió a los contratos petroleros y afirmó que se les introducirían reformas. Pero la atención ya no pasaba por los contratos.

Luciano Molinas habló por el Partido Demócrata Progresista. Sus palabras y sus propósitos no se diferenciaron de otros partidos: la renuncia de Perón.

El socialismo no tuvo ocasión de utilizar la radio. Alfredo Palacios se negó a aceptar ningún tipo de "lectura previa" sobre su mensaje. Esta actitud no impidió que se conociera su posición publicada por los diarios. Dijo el primer legislador socialista: "Volver a la Constitución de 1853... Un técnico militar —Perón— no puede ser gobernante... No queda otro camino que el renunciamiento". Antes de que pasaran sesenta días, Alfredo Palacios sería embajador de un gobierno militar. Mario Amadeo por su parte, pidió al Ejército que "así como el 16 de junio salvó a Perón, que ahora salvase al país de las manos de Perón".

El 17 de agosto, Albrieu, ministro del Interior, convocó al periodismo a la Casa de Gobierno, para admitir que el diálogo con la oposición era imposible. "El presidente — dijo— sugirió una tregua política necesaria para el estudio y la debida meditación de todas las medidas y disposiciones que deben modificarse, corregirse o ampliarse. La respuesta de los antiperonistas ha sido un aumento de la actividad sediciosa. No se aceptó la tregua. Se incitó a la revuelta. Campaña de rumores, panfletos, descrédito, torturas. Hay 49 detenidos por actividades terroristas", y

En la última semana de agosto fueron detenidas centenares de personas, acusadas de conspirar. Apellidos ilustres integraban las listas. El 30 de agosto, "La Nación" publicó "que cuatro días antes el gobierno logró incautarse de las armas y explosivos y detuvo a Emilio Allende Posse, Eduardo Ocantos y María A. Wernicke en un departamento del barrio norte (Ayacucho 2062). También fueron detenidos Julio Morón y Emilio de Vedia y Mitre".

concluyó diciendo: "el gobierno está dispuesto a repeler con toda contundencia y a mantener el orden público". Las condenas aplicadas a los sublevados del 16 de junio parecían confirmar las palabras de Albrieu, Toranzo Calderón y once oficiales navales fueron destituidos y condenados por tiempo indeterminado. Al ex ministro de Marina, Olivieri, se lo destituyó y condenó a un año y medio. El 24 de agosto se creó la Dirección Nacional de Seguridad, confiada a un general de división, Félix Robles.

"La Nación" había comenzado a publicar gran cantidad de declaraciones provenientes de los sectores más dispares: Colegios de Abogados, Confederación de Maestros, Congreso de la Cultura, Federación Americana de Estudiantes, que agrupaba a los extranjeros que estudiaban en el país; Colegio Libre de Estudios Superiores, Federación de Entidades judías, SADE. Todas estas instituciones tenían "su argumento" y una coincidencia: criticar a la dictadura. Nadie quedó afuera. Ese mismo diario publicó el 6 de agosto una publicación conjunta de médicos, dentistas e ingenieros. El caso Ingalinella fue peor que una bomba atómica.

El 31 de julio se había constituido la Comisión Proabolición de las Torturas. La integraban Alejandro Ceballos, Carlos Sánchez Viamonte, Nelio Rojas, Alfredo Palacios, Alicia Moreau de Justo, Horacio Thedy, Nicolás Romano, Emilio Troise y Pablo González Bergez. Varios de ellos serían después miembros de la Junta Consultiva.

En tanto, grupos adictos a Frondizi acusaron a Perón de estar complotado con la Sociedad Rural.

Por otra parte continuaron organizándose los "comandos civiles". Arturo Zabala, en "La Revolución del 16 de setiembre", escribe a propósito de las funciones y formas que tuvieron esos comandos: *"Alberto y Adolfo Sánchez Zinny, dos conspicuos Jefes de Comando Civiles, relataron al diario 'La Razón' las características y tareas de estos grupos paramilitares. Hagamos pues un poco de historia. Estamos en noviembre de 1954. Desde hace tiempo varios amigos han llegado a la conclusión de que hay que deponer al gobierno por entender que sus tareas no conciben con los anhelos de la ciudadanía. Forman una junta de acción coordinada. La integran el ingeniero Carlos Burundarena, el Dr. Renato Bezacón, Darío Hermida, Adolfo Sánchez Zinny, Raúl Puigbó, Francisco Olmedo y García Pujó. Forman una organización de 3.000 hombres. Su tarea es actuar al producirse el levantamiento militar y apoyarlo, a tiros si es necesario. Se nuclean en células de cinco que responden a un jefe. Un núcleo especializado se dedica a marcar, como en un partido de fútbol, a dirigentes políticos adictos al gobierno. Incitan a la huelga en los colegios secundarios. Un grupo de técnicos, al mando del ingeniero Burundarena, silenciarán las estaciones de radio. Otros conocen con exactitud los cables de energía eléctrica que dan luz a la Casa de Gobierno y al Ministerio de Ejército".*

Recién a fines de agosto, el gobierno denunció a los comandos, deteniendo a algunos de ellos. Fueron medidas formales. En no pocos casos, los comandos eran informados por la policía o las Fuerzas Armadas, para que fugaran antes de que se los detuviera. El gobierno, como era previsible, no logró acuerdo alguno con los partidos políticos, y los grupos de terrorismo continuaron creciendo.

Años después, en 1958, diría Perón: "El consejo que me llegaba de todas partes era el abrir las puertas de los arsenales y armar a los descamisados. Hubiera podido hacerlo, pero significaba el comienzo de una carnicería. He sido siempre un convencido de que mi misión era cuidar los intereses de la Nación y evitar, aún a costa de mi sacrificio personal, que el pueblo sufriese daños inútiles".

El renunciamiento de Perón de nada sirvió. El enemigo estaba fortalecido y no aceptaría otro 17 de octubre. Es más, hoy, a la luz de los acontecimientos, puede afirmarse que si ese enemigo hubiera sabido qué pasaría después del 17, donde había asumido una actitud relativamente pasiva, convencido de que el triunfo final sería suyo, hubiera producido entonces otro 16 de junio, o al menos lo hubiera intentado. Lo que ocurre es que es mucho lo que hay en juego. Esto demuestra la importancia decisiva de que los trabajadores desarrollen su programa, modelo, proyecto, pautas o como quiera llamárselo; y, a partir de allí, proyecte esas convicciones hacia

otros sectores con los cuales seguramente coincidirán en puntos esenciales. Una revolución no es trabajo para un solo sector. Mucho menos cuando no se tiene muy en claro el camino a seguir después, y comienza a dependerse más y más que quienes prometen apoyos o ideas. Porque después exigen su pago.

El peronismo vivió sus últimos días en medio de la confusión, paralizado. Nada significaba que diariamente se presentaran nutridas delegaciones a testimoniarle su lealtad a Perón —que era cierto— si no se tenía conciencia de lo que se venía encima. Como tantas veces ha ocurrido en nuestro país, los hechos superaron los decretos y sus formas. El rumor tenía más fuerza que el estado de sitio. Las leyes, con toda su energía, sólo servían para que el enemigo ajustara mejor sus piezas y acelerara la marcha.

En el Congreso de la Productividad, celebrado en marzo de 1955, había quedado claro que las organizaciones sindicales (CGT) y empresarias (CGE) mantenían un diálogo de sordos.

En su discurso, Gelbard, presidente de la CGE, sostuvo: "Cuando se dirige la mirada a la posición que asumen en muchas empresas las comisiones internas que alteran el concepto de que es misión del obrero dar un día de trabajo honesto por una paga justa, no resulta exagerado pedir que ellas contribuyan a consolidar el desenvolvimiento normal de la empresa y la marcha de la productividad. No es aceptable que el delegado obrero toque un silbato y la fábrica se paralice, no podemos silenciar el ausentismo".

Vuletich, secretario general de la CGT, por su parte respondió: *"En los últimos tiempos hemos escuchado duras frases contra el sector obrero al que se le imputan bajos rendimientos o desinterés en el desempeño de la diaria labor. Cuando se comparan estadísticas actuales con las de los años de explotación, debe saber diferenciarse el ausentismo culpable del socialmente justo"*.

Estos temas "ausentismo", "prepotencia sindical", falta de productividad", deberán ser retomados y analizados con mayor profundidad en la etapa 1974-76, porque las experiencias vividas en los años 54-55, algunas evidentemente exageradas, no debieron caer en saco roto. Es absolutamente suicida que el sindicalismo niegue valores como eficiencia, productividad, etc.; si los desconoce terminarán echándose encima y estos conceptos son más importantes aún cuando el movimiento obrero de alguna forma participa en la política de un gobierno. Estas falencias, quizás aceptables en una primera etapa, son francamente inaceptables en la segunda.

Hemos integrado activamente cuadros de conducción. Nos dejamos envolver en muchas marañas, en las cuales tuvimos nuestra cuota de culpa, ya sea por debilidad o ignorancia.

Cualquier discusión que pretendiera encarar el gobierno, "quedaba pagando". No porque tuviera poca o mucha razón, sino porque simplemente no servía. Como en el 45, cuando el reemplazante de Perón en la Secretaría de Trabajo le habló al país y nadie lo tuvo en cuenta, independientemente de lo que dijo, porque el tema era otro. Así ocurrió, por ejemplo, con el ministro de Trabajo cuando le habló al país por la cadena oficial.

El 7 de septiembre, el Secretariado de la CGT decidió "poner a disposición del Ejército las reservas voluntarias de trabajadores a fin de impedir en el futuro cualquier intento de retrotraer a los trabajadores a las ignominiosas épocas anteriores del justicialismo". ("La Prensa, 8 de septiembre de 1955.")

Su Secretario General, que a lo largo de apenas 76 días cambiaría varias veces de opinión en forma radical, justificó así la decisión: "El Ejército y el pueblo siempre para la defensa de la ley y la Constitución, hermanos por los mismos sentimientos y aspiraciones solidarias. La organización de las reservas voluntarias de los trabajadores representará en la práctica una organización eficiente para la más adecuada defensa de nuestras conquistas y de nuestros ideales".

El Ministerio de Ejército contestó a la CGT que "agradecía mucho su ofrecimiento, pero que la ley 12.913 y la Constitución prevenían el reclutamiento de reservistas, y que no era necesario por el momento" ("La Prensa", 10 de setiembre de 1955).

El general Franklin Lucero, en su libro "El precio de la Lealtad", editado en 1959, respondió a quienes lo acusaban de haber querido armar a los trabajadores: "Nunca entregamos armas y jamás hubiéramos permitido armar milicianos como lo han hecho los "usurpadores" del poder con los comandos civiles revolucionarios que se transformaron en dueños y señores sanguinarios de la propiedad privada, de la libertad y vida de hombres y mujeres peronistas".

Del Carril, en la obra citada, comenta que "el 13 de setiembre llegó a casa del general Lagos —en Martínez— el mayor Juan Guevara, quien le comunicó a él que el 16 se iniciaba en Córdoba el levantamiento. Según Guevara, Aramburu y Bengoa que saldrían para Curuzú Cuatiá y el Litoral, le pedían a Lagos que partiese para Cuyo para impedir que las tropas del 2° Ejército marchasen sobre Córdoba. El levantamiento incluía la Marina. La Aeronáutica permanecería fiel al gobierno".

Por otra parte, la comprobación de que el levantamiento marchaba aceleradamente la había dado el fallido intento de Videla Balaguer en Córdoba. Estas afirmaciones sobre Videla Balaguer pertenecen a Lucero, quien sostuvo que el jefe de la 4° Región Militar el 1° de setiembre habría reunido en Río Cuarto a oficiales para comunicarles que había una conspiración en marcha con asiento en Córdoba. Denunciado por el mayor Muveción debió escapar acompañado por varios coroneles, con quienes permaneció oculto hasta el 16 (Lucero, op. cit.)

Horas antes de lanzarse la proclama de Lonardi, Rumbo habló al país sobre la política petrolera; sostuvo el diputado peronista: "el único gobernante que en la Argentina ha podido atacar frontalmente la solución de este grave problema, que exige valor cívico, acendrado patriotismo, menosprecio a la infamia y la calumnia, es Perón, porque el pueblo está con él y porque interpreta lo que el pueblo quiere. Otro gobernante no lo podría hacer".

Pocos, muy pocos peronistas pensaron en esos momentos que pasarían muchos antes de que pudieran hablar públicamente. Los menos porque aunque "olían" que pasarían cosas, no sabían cuándo podían pasar realmente; los más, principalmente los que ocupaban funciones públicas, porque estaban aislados de la realidad.

Quienes se levantaron en un primer momento fueron las Escuelas de Artillería, de Tropas Aerotransportadas y la Base Aérea Militar de Córdoba; parte de las unidades de Curuzú Cuatiá y las bases navales de Río Santiago y Puerto Belgrano. Ello significó que, al iniciarse el levantamiento, los sublevados no tenían de su parte más que 28.500 efectivos, mientras que el gobierno superaba los 100.000, sin contar la Gendarmería (10.000 hombres) y la Policía Federal (unos 37.000).

Los sublevados contaban sin duda con las desertiones que irían produciéndose en el gobierno.

Del Carril cuenta que "cuando las tropas leales habían rodeado al Gral. Lonardi, éste logró convencer al coronel Brizuela, quien no aceptó de ninguna manera plegarse al jefe revolucionario pero aceptó lo fundamental, no continuar combatiendo". En Curuzú Cuatiá, que al principio pareció estar controlada por Aramburu y Bengoa, pocas horas después una parte de la guarnición se resistió y comenzó a combatir, obligándolos a fugar.

Río Santiago, base de la Flota de Río y sede de la Escuela Naval y Liceo, fue cerrada y rodeada por fuerzas policiales al mando del general Ugolini.

Del Carril, quien participó con Lagos, en el levantamiento de Cuyo, explica en su libro que "mientras estaban reunidos en la casa del ingeniero Roth, la criada, enterada al tomar la comunicación se asomó a la ventana y por señas y gritos avisó a la criada de al lado de lo que pasaba para que avisase a la CGT. En brevísimos momentos, tuvimos que desalojar la casa".

La toma de la base de Puerto Belgrano fue llevada a cabo por los capitanes Rial y Pujol y un civil, el doctor Avelino Quirno Lavalle, quienes apoyados desde adentro por el capitán Andrew tomaron la base sin disparar un solo tiro.

En la mañana del 16 de setiembre, la red oficial dio a conocer el levantamiento. En los distintos comunicados que emitió informó que el jefe de la insurrección era el general Dalmiro Videla Balaguer, y que sólo algunas guarniciones de la Marina y del Ejército lo apoyaban. La mayoría, según la información, se mantenía leal al gobierno y al orden constituido.

Las informaciones que llegaban a Azopardo 802 estaban muy parcializadas. Para el viernes, sin que desde el seno del movimiento obrero se adoptara resoluciones algunas, el Parlamento declaró el estado de sitio, sin la concurrencia de los diputados radicales. Los comunicados oficiales mostraban marcado optimismo sobre la situación.

El domingo 18 todo seguía igual. El Comando de Represión reiteró que "salvo Puerto Belgrano y Córdoba, el resto del país está normalizado". Y era verdad. Lonardi sólo contaba con 4.000 efectivos militares y unos civiles, mientras que las fuerzas que avanzaban para reprimirlo superaban los 20.000 hombres, fuertemente armados. El 19, Lonardi, ante la gravedad de la situación que debía enfrentar, envió al mayor Guevara a Mendoza, solicitando ayuda para evitar la catástrofe. Sus fuerzas estaban sitiadas. Los amotinados de Puerto Belgrano no la pasaban mejor. Sobre ellos marchaban tropas leales al mando del general Molinuevo. La Flota de Mar, que el 19 bombardeó Mar del Plata sin poder ocuparla, se dirigía hacia el Río de la Plata. Río Santiago había sido recuperado por el gobierno. Pero mientras esto sucedía, regimientos leales al gobierno se entregaban sin combatir o se pasaban al enemigo. El 5° de Bahía Blanca se rindió el 17; el de San Luis lo hizo el 18. Las tropas de Molinuevo, por órdenes superiores, acantonaron en General Pringles. La decisión de Perón de entregar su renuncia modificó el cuadro de manera total. Cabe preguntarse si hubiera valido la pena que el gobierno derrotara a los insurrectos en ese marco de total oposición. ¿Cómo podría gobernar de allí en más? Como Perón dijo en su carta a Lucero: "La historia dirá si había razón de hacerlo" (por su renuncia). ¿Qué dice la historia a esta altura del partido? Conjeturas, polémicas: 1) Perón hubiera aplastado para siempre a la oposición; 2) Ésta, con casi todo su poder intacto, hubiera continuado conspirando. Para que la primera se cumpliera era más que necesario, imprescindible, un verdadero baño de sangre. Si no, ¿cómo parar la oposición que se manifestaba por todos los rincones? Aramburu fusiló porque creyó que podía perdurar e imponerse, y no le sirvió. Había un pueblo.

El 12 de junio de 1956, Perón le escribe a Cooke, su delegado personal. Se refiere al abortado intento de Valle y Tanco: "El golpe militar frustrado el 10 de junio es una consecuencia lógica de la falta de prudencia que caracteriza a los militares. Ellos están apurados, nosotros no tenemos por qué estarlo. Esos mismos militares que hoy se sienten azotados por la injusticia y la arbitrariedad de la canalla dictatorial, no tenían la misma decisión el día 16 de setiembre, cuando los vi titubear ante toda orden y toda medida de represión a sus camaradas que hoy los pasan por las armas. Yo no he querido decir la verdad de por qué no se accionó decididamente contra los rebeldes de Córdoba y de Bahía Blanca. Tanto Lucero como Sosa Molina se opusieron terminantemente a que se les entregaran armas a los obreros; sus generales y jefes defecionaron miserablemente, si no en la misma medida que en la Marina y en la Aviación, por lo menos en forma de darme la sensación que ellos preferían que vencieran los revolucionarios —sus camaradas— antes que el pueblo impusiera el orden que ellos eran incapaces de guardar e impotentes de restablecer. El propio jefe de operaciones de Lucero era un traidor que estaba saboteando la conducción de la represión. Los revolucionarios lo nombraron después jefe de las tropas blindadas. Si yo no me hubiera dado cuenta de la traición y hubiera permanecido en Buenos Aires, ellos mismos me habrían asesinado, aunque sólo fuera para hacer mentas con sus vencedores. Algún día yo podré hablar con claridad sobre estos puntos que deliberadamente he dejado para después en forma de que, enfriado, no pueda cometer alguna injusticia en mi opinión. Ni yo he renunciado a luchar ni soy tan débil como ellos creen. He sido traicionado por la mala fe de algunos o por la estúpida ingenuidad de otros. Yo no acuso de traidores a mis ministros, que fueron fieles (por Lucero), pero sí los acuso de haber impedido usar al pueblo para defensa. No había con quien hacer frente nte pelear por los revolucionarios o el gobierno y se quedó durmiendo debajo de un árbol" ..

La toma de la base de Puerto Belgrano fue llevada a cabo por los capitanes Rial y Pujol y un civil, el doctor Avelino Quirno Lavalle, quienes apoyados desde adentro por el capitán Andrew tomaron la base sin disparar un solo tiro.

En la mañana del 16 de setiembre, la red oficial dio a conocer el levantamiento. En los distintos comunicados que emitió informó que el jefe de la insurrección era el general Dalmiro Videla Balaguer, y que sólo algunas guarniciones de la Marina y del Ejército lo apoyaban. La mayoría, según la información, se mantenía leal al gobierno y al orden constituido.

Las informaciones que llegaban a Azopardo 802 estaban muy parcializadas. Para el viernes, sin que desde el seno del movimiento obrero se adoptara resoluciones algunas, el Parlamento declaró el estado de sitio, sin la concurrencia de los diputados radicales. Los comunicados oficiales mostraban marcado optimismo sobre la situación.

El domingo 18 todo seguía igual. El Comando de Represión reiteró que "salvo Puerto Belgrano y Córdoba, el resto del país está normalizado". Y era verdad. Lonardi sólo contaba con 4.000 efectivos militares y unos civiles, mientras que las fuerzas que avanzaban para reprimirlo superaban los 20.000 hombres, fuertemente armados. El 19, Lonardi, ante la gravedad de la situación que debía enfrentar, envió al mayor Guevara a Mendoza, solicitando ayuda para evitar la catástrofe. Sus fuerzas estaban sitiadas. Los amotinados de Puerto Belgrano no la pasaban mejor. Sobre ellos marchaban tropas leales al mando del general Molinuevo. La Flota de Mar, que el 19 bombardeó Mar del Plata sin poder ocuparla, se dirigía hacia el Río de la Plata. Río Santiago había sido recuperado por el gobierno. Pero mientras esto sucedía, regimientos leales al gobierno se entregaban sin combatir o se pasaban al enemigo. El 5° de Bahía Blanca se rindió el 17; el de San Luis lo hizo el 18. Las tropas de Molinuevo, por órdenes superiores, acantonaron en General Pringles. La decisión de Perón de entregar su renuncia modificó el cuadro de manera total. Cabe preguntarse si hubiera valido la pena que el gobierno derrotara a los insurrectos en ese marco de total oposición. ¿Cómo podría gobernar de allí en más? Como Perón dijo en su carta a Lucero: "La historia dirá si había razón de hacerlo" (por su renuncia). ¿Qué dice la historia a esta altura del partido? Conjeturas, polémicas: 1) Perón hubiera aplastado para siempre a la oposición; 2) Ésta, con casi todo su poder intacto, hubiera continuado conspirando. Para que la primera se cumpliera era más que necesario, imprescindible, un verdadero baño de sangre. Si no, ¿cómo parar la oposición que se manifestaba por todos los rincones? Aramburu fusiló porque creyó que podía perdurar e imponerse, y no le sirvió. Había un pueblo.

El 12 de junio de 1956, Perón le escribe a Cooke, su delegado personal. Se refiere al abortado intento de Valle y Tanco: *"El golpe militar frustrado el 10 de junio es una consecuencia lógica de la falta de prudencia que caracteriza a los militares. Ellos están apurados, nosotros no tenemos por qué estarlo. Esos mismos militares que hoy se sienten azotados por la injusticia y la arbitrariedad de la canalla dictatorial, no tenían la misma decisión el día 16 de setiembre, cuando los vi titubear ante toda orden y toda medida de represión a sus camaradas que hoy los pasan por las armas. Yo no he querido decir la verdad de por qué no se accionó decididamente contra los rebeldes de Córdoba y de Bahía Blanca. Tanto Lucero como Sosa Molina se opusieron terminantemente a que se les entregaran armas a los obreros; sus generales y jefes defecionaron miserablemente, si no en la misma medida que en la Marina y en la Aviación, por lo menos en forma de darme la sensación que ellos preferían que vencieran los revolucionarios —sus camaradas— antes que el pueblo impusiera el orden que ellos eran incapaces de guardar e impotentes de restablecer. El propio jefe de operaciones de Lucero era un traidor que estaba sabotando la conducción de la represión. Los revolucionarios lo nombraron después jefe de las tropas blindadas. Si yo no me hubiera dado cuenta de la traición y hubiera permanecido en Buenos Aires, ellos mismos me habrían asesinado, aunque sólo fuera para hacer mentas con sus vencedores. Algún día yo podré hablar con claridad sobre estos puntos que deliberadamente he dejado para después en forma de que, enfriado, no pueda cometer alguna injusticia en mi opinión. Ni yo he renunciado a luchar ni soy tan débil como ellos creen. He sido traicionado por la mala fe de algunos o por la estúpida ingenuidad de otros. Yo no acuso de traidores a mis ministros, que fueron fieles (por Lucero), pero sí los acuso de haber impedido usar al pueblo para defensa. No había con quien hacer frente nte pelear por los revolucionarios o el gobierno y se quedó durmiendo debajo de un árbol"...*

Era evidente que Perón estaba "caliente". La realidad es la única verdad, solía decir. Y la realidad era en aquel momento que un buen sector del Ejército, por distintas razones, estuvo de acuerdo con su derrocamiento.

Ese domingo —el 18— al mediodía, Hugo Di Pietro, secretario general de la CGT, habló al país. Su mensaje, a pesar del optimismo que pretendía reflejar, era dramático: "Compañeros, nuestro destino en la defensa de nuestra dignidad y de las conquistas logradas nos impone no escatimar ningún esfuerzo, ni aún la propia vida". Apenas unos días después, Di Pietro cambiaría radicalmente sus conceptos.

El lunes, Perón se dirigió al comandante del Ejército, general Franklin Lucero: "Estamos juntos en esta decisión impulsados por el sentimiento del deber que ha guiado todos nuestros actos. Por todos los medios habíamos tratado de respetar, primero nosotros mismos y después hacer respetar a los demás, la Constitución y las leyes. Hemos servido y obedecido solamente a los intereses del pueblo siguiendo su soberana voluntad. Sin duda, ni las leyes ni la Constitución pueden considerarse superiores a la Nación y a sus sagrados intereses. Si habíamos aceptado la lucha, lo hicimos contra nuestra voluntad, para oponernos a quienes la desencadenaron. La responsabilidad de lo sucedido cae exclusivamente sobre ellos, porque nosotros extraíamos nuestras fuerzas de un derecho que derivaba de un precioso momento del pueblo. Hace algunos días en la búsqueda de alguna solución pacífica a este estado de tensión interna, decidí ceder el poder. Las circunstancias que son notorias me lo impidieron. Ahora no seguiré consejos de nadie y doy a mi decisión, por lo tanto, el carácter de irrevocable. Decisiones análogas del vicepresidente y de los diputados impiden que sean respetadas en este caso las formas constitucionales. Por otra parte, sólo así será posible afrontar el problema que se vislumbra y resolverlo de acuerdo al interés general. No existe en el país un hombre dotado de suficiente predicamento como para depositar en sus manos nuestras renuncias y capaz de sustituirnos en el mando. El poder del gobierno pasa por ello automáticamente a las manos del Ejército. Las FF.AA. pueden recoger esta herencia, garantizar el orden interno y pacificar los ánimos de los argentinos con los medios más adecuados. Estoy convencido de que todo esto es indispensable para la salvaguardia de nuestro patrimonio nacional.

"No he tenido ninguna duda acerca de la posibilidad del pueblo y del Ejército para sofocar la rebelión, pero esta lucha costaría demasiada sangre, yo que amo profundamente a mi pueblo, me horrorizo al pensar que por mi culpa los argentinos puedan sufrir las consecuencias de una despiadada guerra civil. No quiero morir sin realizar antes un último esfuerzo dirigido a garantizar la tranquilidad de mi gente. Si por temperamento soy predispuesto a luchar, por espíritu patriótico debo sacrificarme y retirarme. Ante la amenaza del bombardeo que produciría pavorosas destrucciones y troncharía numerosas vidas, todos los intereses caen y cualquier persona cede. Esta es la conducción que me he impuesto y continuaré hasta el fin de mi camino. Será la historia la que renunciará sobre mi decisión y dirá si he tenido razón en comportarme así".

Ese mismo día, el crucero "9 de Julio" bombardeó los depósitos petroleros de Mar del Plata, incendiándolos. Poco después los rebeldes enviaron un ultimátum bajo la amenaza de bombardear las destilerías de La Plata y la ciudad de Buenos Aires. El plazo vencía al mediodía. El ejército leal, aunque era muy superior numéricamente, en un comunicado formuló a los rebeldes una invitación al diálogo. Allí se acababa de aceptar la derrota.

Lonardi exigió como condición previa al diálogo la renuncia de Perón. Una Junta Militar, integrada por José Molina, Raúl Tanco, Juan Valle, Angel Manni y Emilio Forchar, se hizo cargo del gobierno.

El martes, en horas de la mañana, Perón se asiló en la embajada paraguaya. La Junta militar se reuniría horas más tarde con los rebeldes en la nave insignia de la Flota de Mar.

El Partido Peronista, presidido por Alejandro Leloir, emitió un comunicado reiterando su voluntad de paz y concordia, y ordenando a todos sus partidarios a mantener la calma. Esta actitud sería imitada por la CGT.

El miércoles 21, Lonardi fue proclamado presidente de la República. El 23, apenas una semana después de haber iniciado el incierto levantamiento, Lonardi ocupaba los clásicos balcones de la Casa Rosada. Sus palabras sellaron su destino como presidente: "Ni vencedores ni vencidos". Quienes prepararan pacientemente el golpe se sentían vencedores. Y, por supuesto, había vencidos. ¡Cómo podía ocurrírsele semejante cosa! Rojas ocupó la vicepresidencia.

Di Pietro, en nombre de la CGT, habló el sábado 24. Su lenguaje no era ni remotamente el de la semana anterior. "En momentos en que ha cesado el fuego entre hermanos y por sobre todos se antepone la Patria, la CGT se dirige una vez más a los trabajadores para significarles la necesidad de mantener la más absoluta calma y de continuar recibiendo únicamente directivas de la Central Obrera. Cada trabajador en su puesto por el camino de la armonía para demostrar al mundo que hay en los argentinos un pueblo de hombres de bien, pues sólo en la paz de los espíritus es posible promover la grandeza de la Nación que es el modo de afianzar sus conquistas sociales. Miremos de frente, tengamos fe". ¿Habrá comparado Di Pietro este discurso con el que pronunciara anteriormente? Di Pietro no era uno más. Era una pieza importante del aparato peronista. Si debía negociarse, otros deberían hacerlo. Debió renunciar. No comprendió lo que se venía. ¿O acaso quería seguir?

El domingo 25, una vez más el Secretario General de la CGT se dirigió al país: "La GCT no será intervenida, los trabajadores serán respetados, lo mismo que sus conquistas". Estas declaraciones fueron consecuencia de una entrevista con Lonardi. Un nuevo fastidio para los vencedores. ¿Cómo que no sería intervenida la CGT? ¿Cómo que se mantendrían las conquistas? ¿Para qué se había hecho entonces la revolución? La Unión Democrática había cumplido su sueño. No era cuestión que todo se echara a perder por mal interpretar las cosas. Junto a la Unión Democrática festejaban el triunfo la Iglesia y los intelectuales. Si hasta la tan mentada burguesía nacional que tanto se beneficiara con el peronismo estaba sólidamente alineada detrás del nuevo gobierno. A partir de aquí con seguridad se terminarían las famosas conquistas laborales. Nunca, nunca esta particular burguesía pudo comprender que en su alianza con la oligarquía no tenía destino.

La renuncia de Perón aisló definitivamente a los trabajadores. Mientras tanto, el heterogéneo mosaico que integraba el gobierno estaba pronto a estallar. Resultaba imposible pensar que grupos tan disímiles entre sí pudieran coincidir ni aún en aspectos formales. La única coincidencia que tuvieron fue el derrocamiento de Perón. Cumplido el mismo, sus objetivos nada tenían en común. Así sucedería con azules y colorados, después Onganía con Lanusse, etcétera.

Lonardi, el 28 de octubre, dictó el decreto que regiría las elecciones en los sindicatos. Con él se pretendía crear condiciones que aseguraran a los trabajadores la posibilidad de elegir libremente a sus dirigentes. Lonardi, de alguna forma, aceptaba la realidad del peronismo, de un peronismo sin Perón. Pero esta decisión de permitirles a los trabajadores elegir libremente generó una tremenda resistencia en todos los sectores. El socialismo y el comunismo porque no tenían posibilidades de controlar los sindicatos; la oligarquía porque temía que los trabajadores, al mantener su estructura, pretendieran en serio conservar sus conquistas. ¡Por favor! Había que cortar por lo sano, sin demoras.

Las huestes que acaudillaban los comandos civiles ya habían iniciado la ocupación de los sindicatos. Los primeros en caer bajo su control fueron la Unión Ferroviaria, Bancarios, SUPE, UOM.

La CGT se dirigió al gobierno —todavía estaba Lonardi— reclamando por estas ocupaciones, y señalando que "la solución sólo será posible a través de la elección de los afiliados".

El 6 de octubre, A. Framini, L. Natalini y Dante Viel, ante la renuncia del secretariado de la CGT asumieron la responsabilidad de su conducción. Se estableció además el compromiso, por medio de un acta, de que en un plazo no mayor de 120 días se llamaría a elecciones para elegir nuevas autoridades en los sindicatos de acuerdo a la ley 12.921 (Asociaciones Profesionales).

Era evidente el marco de negociación que envolvía al gobierno y al movimiento obrero. La eliminación de Dante Viel de la conducción de la CGT, por parte del gobierno, no modificó en nada esas negociaciones. Pero así como era evidente que se buscaban puntos de acuerdo, también era claro que los inspiradores del sindicalismo amarillo y los partidarios del Partido Comunista y el socialismo no estaban dispuestos a aceptar que en los gremios se realizaran elecciones de un marco de libertad.

El Comité Obrero de Acción Sindical Independiente, de inocultable inspiración antiperonista y sin peso en los gremios, reclamó insistentemente al gobierno "la derogación de todas las disposiciones que impidan o dificulten la acción sindical libre y la inmediata entrega de los sindicatos a los auténticos dirigentes desalojados por la dictadura".

El sindicalismo tenía sobre sus espaldas un hecho fortuito, pero sugestivamente llamativo: se acercaba el 17 de octubre. ¿Qué hacer? ¿Declararlo feriado? ¿O seguir negociando con el grupo conciliador del gobierno? Framini y Natalini, el 15 de octubre en horas de la tarde, luego de consultar a los sindicatos más importantes, resolvieron declarar el 17 de octubre día laborable. Esta resolución provocó algunas polémicas que fueron rápidamente absorbidas.

Las continuas presiones que sufrían los sindicatos llevaron a que el 26 de octubre una numerosa delegación de dirigentes, encabezada por Framini y Natalini, entrevistara al entonces ministro del Trabajo, Cerruti Costa.

El planteo fue muy simple. El compromiso asumido por el gobierno de realizar elecciones libres en los sindicatos era violado de continuo por las ocupaciones armadas de los comandos. Framini fue quien llevó la voz cantante en la reunión. *"Nosotros creemos, señor ministro, en la palabra del señor presidente —afirmó—. Nosotros que hemos conversado con él y que estamos acostumbrados y entendemos de psicología, nos damos cuenta que las palabras del señor presidente son sinceras y que va a cumplir con lo que nos ha dicho a nosotros, pero vemos que fuerzas extrañas quieren avasallar nuestro movimiento y dividirlo, cosa que es inconveniente desde todo punto de vista. Yo pregunto, ¿un movimiento así dividido y avasallado es conveniente para cualquier gobierno?"*.

Framini quizás no comprendió que no había un gobierno. Por un lado estaba al sector que encabezaba Lonardi, en el cual revistaba el ministro de Trabajo, quienes tenían realmente intenciones de negociar de manera más o menos aceptable con el sindicalismo; por el otro existía un grupo que tenía muy en claro qué cosas había que hacer con los sindicatos peronistas y sus dirigentes.

En esa reunión, Framini anunció la decisión del sindicalismo de decretar una huelga si continuaba el avasallamiento de los sindicatos y terminó diciendo: *"no defendemos una idea política, pero cada uno defendemos y queremos a las organizaciones y no nos impulsa una situación personal porque estoy seguro de que todos los que estuvieron bregando en primera línea no necesitan que se les diga que se vayan si es que molestan o son un inconveniente al movimiento obrero, ya que lo van a hacer por propia voluntad. Pedimos que se cumpla lo pactado porque es de estricta justicia y sólo de no acceder a ello es que en defensa del movimiento obrero, con la responsabilidad de los dos compañeros y de los demás secretarios generales de los gremios confederados, llegaríamos a una paralización de actividades en toda la República"*.

Cuando la CGT salió del despacho del ministro, ingresaron los integrantes de la Comisión pro-Recuperación de los Sindicatos Libres. La formaban todos los sectores, con excepción, por supuesto, del peronismo. Tenían un solo planteo que formularle al Ministro: "¿Cuándo nos devolverán los sindicatos a los verdaderos sindicalistas?".

El ministro decidió convocar a elecciones en los sindicatos a través de un estatuto tipo. "Las elecciones —afirmó— serán garantizadas por las FF.AA". Esta decisión de Cerruti Costa alarmó a la Comisión pro-Recuperación que inmediatamente se movilizó en otras esferas de gobierno, advirtiendo que, si se llevaban a cabo las medidas de Trabajo, la mayoría de los sindicatos, principalmente los más importantes, continuarían en mano de los peronistas. Pretendían que el gobierno les entregara los sindicatos sin condiciones de ninguna naturaleza.

Cerrutti y Costa siguió adelante. Designó una Junta Electoral y nombró un administrador para que se encargara de los bienes de la CGT hasta tanto se normalizara. Esta resolución fue tomada con precaución por el sindicalismo peronista. Si bien desde el punto de vista teórico estaba de acuerdo, temía por el constante endurecimiento del gobierno en todas las líneas. Framini y Natalini propusieron la designación de una comisión para el estudio del anteproyecto (José Agarrabetres, Rafael Ginocchio, Eustaquio Tolosa, Salvador Zucotti, Rafael Colacce y Humberto Mandrioni). Esta comisión "decreta en principio la huelga general, condicionando su aplicación a la interpretación que hará Trabajo".

El tema laboral salió de la cartera específica. Isaac Rojas tomó cartas en el asunto. También se metieron los jefes de la Casa Militar, el general Labayrú y el capitán Manrique.

Los círculos liberales, impacientes por la falta de sanciones, criticaron duramente la actitud del gobierno frente al movimiento obrero. Para estos grupos, el lema "ni vencedores ni vencidos", era apenas un lema o, en el mejor de los casos, una torpeza de Lonardi.

La CGT decretó la huelga para el 1° de noviembre. El sector nacionalista del gobierno (Lonardi, Uranga, Cerruti Costa, Bengoa), muy debilitado, intentó un nuevo acuerdo con la CGT. Se tomó el compromiso de realizar elecciones libres, hablándose incluso de desalojar a quienes habían ocupado por la fuerza a numerosos sindicatos.

El 2 de noviembre, Framini se dirigió al país, ordenando el levantamiento de la huelga. El teniente coronel Manuel Reimundes fue designado interventor en la CGT.

La suerte del equipo nacionalista estaba jugada. El general Bengoa renunció el 8 de noviembre a su cargo de ministro de Ejército. Los términos de su renuncia traslucían su frustración, pues no pasaban de ser simples formulaciones dialécticas. El poder-poder estaba depositado en otros grupos. Decía Bengoa que debía "primar la tolerancia para las ideas y los sentimientos que no sean los nuestros, como única forma de llevar al olvido los odios sembrados hasta hace muy poco por la dictadura depuesta". Uranga también fue arrastrado por la corriente liberal, y ese mismo día renunció a su cargo de ministro de Transportes.

El ciclo Lonardi estaba cerrado.

La formación de la Junta Consultiva había aparecido como un gran triunfo de la línea ultra. Presidida por el almirante Isaac Rojas, la integraban nombres ilustres de nuestra vida política: Alende, Thedy, A. Ghioldi, Zavala Ortiz, Alicia Moreau de Justo, Repetto, Julio Noble, Molinas, Muñiz, Aguirre Cámara, Corominas Segura, López Serrot, R. Martínez (h.), Ordóñez, Pastor, Storni, Ariotti, Díaz Arana. Sólo faltaban los comunistas.

Victorio Codovilla, en "Una trayectoria consecuente" (t. III, p. 162), sostiene: "Entre las varias corrientes en lucha por el predominio en el poder, para imprimir al gobierno una u otra orientación política, se destacan hasta ahora dos fundamentales, una la que encabeza el Gral. Lonardi, presidente que sufre una fuerte influencia clerical y proimperialista yanqui, que lo empuja hacia la derecha, la que encabeza el contraalmirante Rojas, que declara inclinarse hacia posiciones democráticas y de cierta resistencia al imperialismo yanqui". Sin comentarios.

Lonardi se dio cuenta muy tarde hasta qué punto estaba copado. El 12 de noviembre, en un desesperado intento por quebrar el cerco que lo encerraba, en un comunicado dirigido al país pretendió desvirtuar las funciones que el almirante Rojas le había conferido a la Junta. En el mismo sostenía: "El gobierno está lejos de creer que en la Junta están representadas todas las corrientes de opinión de la política nacional. La promesa de que no habría ni vencedores ni vencidos no ha sido una frase sin valor. En ningún caso dividirá a la clase obrera para entregarla con defensas debilitadas a las fluctuaciones de nuestra economía y de nuestra política. La libertad sindical no es la anarquía en las organizaciones obreras, ni la supresión o la desnaturalización de los órganos de derecho público. Las legítimas conquistas de los

trabajadores serán mantenidas y acrecentadas. Dije en mi discurso del 23 de setiembre y ese propósito fundamental se mantiene inalterable en mi espíritu y en él se inspiran todas las medidas adoptadas por mi gobierno en relación con los obreros". Ante esta posición de Lonardi, la Junta Consultiva renunció como "un solo hombre", salvo los dos miembros del Partido Federal.

Lonardi se había quedado solo; sus pocos amigos en el gobierno ya habían renunciado. El 13 de noviembre también él renunció. Asumió Aramburu. El "45" no fue una equivocación. Fue una posición.

La Junta Consultiva retiró su renuncia. La Secretaría de Prensa de la Presidencia no tuvo idea más feliz que adjudicar la renuncia de Lonardi "a las influencias que sobre éste ejercían ciertas personas que orientaban su política hacia un extremismo totalitario".

ELBIBLIOTE.COM